

La casa vuelve a latir.

En ediciones precedentes, nuestro manifiesto del Día de la Repoblación ha centrado su mirada en los medios necesarios para facilitar que las personas se trasladen a los pueblos para iniciar su proyecto de vida. Hemos hablado de vías de comunicación, de infraestructuras y de servicios esenciales.

Sin embargo, una vez tomada la decisión de dar ese paso, muchas personas se encuentran con un obstáculo fundamental: la dificultad para acceder a una vivienda digna. Con frecuencia, falta un mecanismo que conecte de manera eficaz la oferta y la demanda; en otros casos, expectativas desmesuradas frenan la ilusión de quienes desean asentarse en un núcleo rural.

En esta ocasión, el toque de campanas resonará por todas esas casas vacías que aún guardan memoria, por los hogares que fueron refugio, por las paredes que vieron pasar generaciones y que hoy esperan, silenciosas, a que alguien vuelva a encender la lumbre.

Hablamos de vivienda, sí, pero también hablamos de dignidad, de arraigo y de sentimiento de pertenencia, porque repoblar no consiste, únicamente, en llegar a un pueblo, sino en poder quedarse en él.

Queremos poner en valor la vivienda rural tradicional como un patrimonio vivo, no como un mero recuerdo. Reivindicamos su recuperación desde el respeto, su rehabilitación bajo criterios sostenibles y su apertura generosa a quienes sueñan con construir su vivienda en el medio rural. Es necesario pensar en futuro y en repoblación, no en la especulación con un bien tan esencial.

Reconocemos que muchos pequeños ayuntamientos carecen de recursos para impulsar grandes programas, no obstante, poseen aquello que resulta, verdaderamente, imprescindible: la voluntad de ofrecer hogar, de recibir con los brazos abiertos a quienes llegan y de cuidar a quienes ya están. En esta tarea, las asociaciones rurales desempeñan, igualmente, un papel esencial, no solo brindando un cálido abrazo de bienvenida a quienes han dejado atrás su entorno para empezar de nuevo, sino también acompañando y apoyando a esa comunidad que permanece en el ámbito rural.

Por ello, este año alzamos nuestra voz y nuestro toque por la vivienda compartida, por la cesión de espacios, por la autoconstrucción colaborativa y por la vivienda pública rural que garantice que vivir en un pueblo sea una posibilidad real.

Damos un toque para recordar que, sin casas habitadas, no hay comunidad; y que el futuro del medio rural comienza con una llave que vuelva a girar en la cerradura de una casa antigua. Cada casa rehabilitada es una vida que regresa y, cada vida que regresa es un pueblo que vuelve a latir.

En esta séptima edición, más que nunca, repicamos nuestras campanas por todas esas casas y por todas esas cerraduras que deben abrirse para que los sueños de muchos puedan transformarse en realidades. Que la vivienda sea el cauce que permita la repoblación, y nunca el impedimento.